

### 3. Notas sobre lo «postcolonial»

*Ella Shohat*

La oposición académica a la Guerra del Golfo movilizó una serie de términos familiares —«imperialismo», «neocolonialismo», «neoimperialismo»— en un contraataque verbal contra el Nuevo Orden Mundial. Pero llamaba la atención la ausencia de la discusión del término «postcolonial», incluso en los discursos de quienes en otras ocasiones habían destacado por su defensa. Dada la extraordinaria circulación del término en conferencias, publicaciones y reestructuraciones curriculares académicas recientes, esta invisibilidad repentina resultaba un tanto desconcertante. ¿Era pura coincidencia? ¿O hay algo en el término «postcolonial» que no se presta a una crítica geopolítica o a una crítica de las macronarraciones de la Guerra del Golfo en los medios de comunicación dominantes? Cuando hay líneas trazadas sobre la arena que siguen asediando las geografías del Tercer Mundo, se hace urgente preguntarse cómo podemos describir el significado de lo «postcolonial». Desde mi posición particular de profesora universitaria arabojudía, cuyas topografías culturales están (des)localizadas entre Iraq, Israel/Palestina y Estados Unidos, quisiera explorar algunas de las ambigüedades teóricas y políticas de lo «postcolonial».

A pesar de su mareante multiplicidad de posicionalidades, curiosamente, la teoría postcolonial no ha abordado la política de situación del propio término «postcolonial». En lo que sigue, propongo iniciar una interrogación de este término, planteando cuestiones relativas a sus usos ahistóricos y universalizadores y a las implicaciones potencialmente despolitizadoras de estos usos. La creciente aceptación institucional del término «postcolonial» y de los estudios postcoloniales como disciplina emergente (manifiesta en los anuncios de empleo de la Modern Language Association [Asociación de Lenguas Modernas], que piden especializaciones en «literatura postcolonial») está cargada de ambigüedades. Mi experiencia reciente como miembro del comité de estudios

internacionales multiculturales de una de las secciones de la City University of New York [Universidad de la Ciudad de Nueva York] ilustra algunas de estas ambigüedades. En respuesta a la propuesta que presentamos, los miembros del comité curricular universitario, en su mayoría conservadores, se resistieron ferozmente a cualquier lenguaje que invocara temas como «imperialismo y crítica tercermundista», «neocolonialismo y prácticas culturales de resistencia» y «geopolítica del intercambio cultural». Sin embargo, se sintieron perceptiblemente aliviados al ver la palabra «postcolonial». Sólo el gesto diplomático de renunciar a los aterradores términos de «imperialismo» y «neocolonialismo» a favor del pastoral «postcolonial» aseguró el visto bueno.

Mi intención aquí no es sólo diseccionar el término «postcolonial» desde el punto de vista semántico, sino situarlo geográfica, histórica e institucionalmente, planteando al mismo tiempo dudas sobre su capacidad de acción política. La cuestión en juego es la siguiente: ¿qué perspectivas se están promoviendo dentro de lo «postcolonial»? ¿Con qué fines? ¿Y con qué déficits? En esta breve discusión, no pretendo ni analizar la variedad de provocadores escritos producidos bajo la rúbrica de la teoría postcolonial, ni simplemente esencializar el término «postcolonial», sino, antes bien, revelar sus escurridizos significados políticos, que más de una vez escapan a las intenciones claramente de oposición de los profesionales que han desarrollado esta teoría. Abogaré en estas páginas por un uso más restringido, con una especificidad histórica y teórica, del término «postcolonial», un uso que lo sitúe en un contexto relacional con respecto a otras categorías (igualmente problemáticas).

Lo «postcolonial» no apareció para llenar un espacio vacío en el lenguaje del análisis político-cultural. Por el contrario, su amplia aceptación durante los últimos años de la década de 1980 coincidió y dependió del eclipse de un paradigma anterior, el del «Tercer Mundo». El cambio terminológico es un indicador del prestigio profesional y del aura teórica que han adquirido una serie de temas, en comparación con el aura más activista que en otro tiempo tenía el «Tercer Mundo» dentro de los círculos académicos progresistas. Acuñado en la década de 1950 en Francia por analogía con el tercer estado (los plebeyos, aquellos que no pertenecían ni a la nobleza ni al clero), el término «Tercer Mundo» ganó adeptos a escala internacional tanto en contextos académicos como políticos, en particular en referencia a los movimientos nacionalistas anticoloniales de entre las décadas de 1950 y 1970, así como al análisis político-económico de la teoría de la dependencia y de la teoría del sistema-mundo (André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, Samir Amin).

En la última década, hemos asistido a una crisis terminológica en torno al concepto de «Tercer Mundo». La teoría de los tres mundos es, en verdad, tal y como han apuntado muchos críticos, muy problemática.<sup>1</sup> Para empezar, los procesos históricos de las tres últimas décadas han abierto una serie de desarrollos muy complejos y políticamente ambiguos. El periodo de la denominada «euforia tercermundista» —una breve fase en la que parecía que los izquierdistas del Primer Mundo y las guerrillas del Tercer Mundo avanzarían cogidos del brazo hacia la revolución global— ha dado paso al desmoronamiento del modelo comunista soviético, a la crisis de los socialismos existentes, a la frustración de la esperada revolución tricontinental (con Ho Chi Minh, Frantz Fanon y Che Guevara como figuras talismán), a la constatación de que los condenados de la tierra no son unánimemente revolucionarios (ni necesariamente aliados entre sí) y al reconocimiento de que la geopolítica internacional y el sistema económico global han obligado, incluso a los regímenes socialistas, a hacer de algún modo las paces con el capitalismo transnacional. Y, a pesar de las pautas generales de hegemonía geopolítica, las relaciones de poder en el Tercer Mundo son también dispersas y contradictorias. Además, la lucha Primer Mundo/Tercer Mundo se desarrolla no sólo entre naciones (India/Pakistán, Iraq/Kuwait), sino también en el seno mismo de las naciones, con relaciones en constante transformación entre grupos dominantes y subalternos, poblaciones colonizadoras y nativas, así como en una situación marcada por oleadas de inmigración postindependencia hacia países del Primer Mundo (Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos) y hacia países del Tercer Mundo más prósperos (los Estados del Golfo). La idea de los tres mundos, en suma, aplanan heterogeneidades, encubre contradicciones y elide diferencias.

Esta crisis en el pensamiento «tercermundista» ayuda a explicar el actual entusiasmo por el término «postcolonial», una nueva designación para los discursos críticos que tematizan las cuestiones derivadas de las relaciones coloniales y sus secuelas, cubriendo un periodo histórico amplio (incluido el presente). Omitiendo el sufijo «ismo» de «postcolonialismo», el adjetivo «postcolonial» suele unirse a los nombres de «teoría», «espacio», «condición» e «intelectual», y tiende a ser un sustituto del calificativo «tercermundista» en

<sup>1</sup> Véanse, por ejemplo, Aijaz Ahmad, «Jameson's Rhetoric of Otherness and the "National Allegory"», *Social Text*, núm. 17, otoño de 1987; Arjun Appadurai, «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy», *Public Culture*, núm. 2.2, 1990; Robert Stam, «Eurocentrism, Afrocentrism, Polycentrism. Theories of Third Cinema», *Quarterly Review of Film and Video* XIII, núms. 1-3, primavera de 1991; Chandra Talpade Mohanty, «Cartographies of Struggle. Third World Women and the Politics of Feminism», en Chandra Talpade Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres (eds.), *Third World Women and the Politics of Feminism*, Indiana University Press, 1991.

relación con el sustantivo «intelectual». El calificativo «tercermundista», por el contrario, acompaña con más frecuencia los nombres de «naciones», «países» y «pueblos». En fecha más reciente, lo «postcolonial» se ha sustantivado y se utiliza tanto en singular como en plural («postcoloniales») para designar a los sujetos de la «condición postcolonial».<sup>2</sup> La consagración definitiva del término llegó con la desaparición del guión. Apoyado con frecuencia por el sustantivo «postcolonialidad», con claras connotaciones teóricas, lo «postcolonial» disfruta de una gran visibilidad en los estudios (culturales) académicos angloestadounidenses y en publicaciones de análisis discursivo-culturales con desinencias postestructuralistas.<sup>3</sup>

Llena de ecos de la «postmodernidad», la «postcolonialidad» marca un estado, situación, condición o época contemporánea.<sup>4</sup> El prefijo «post», entonces, alinea el «postcolonialismo» con una serie de otros «posts» («postestructuralismo», «postmodernismo», «postmarxismo», «postfeminismo», «postdeconstruccionismo»), con los que comparte la idea de un movimiento más allá. Sin embargo, mientras que estos «posts» hacen en gran medida referencia al desbancamiento de teorías filosóficas, estéticas y políticas anticuadas, lo «postcolonial» implica al mismo tiempo un rebasamiento de la teoría nacionalista anticolonial y un movimiento más allá de un punto específico de la historia, el del colonialismo y las luchas nacionalistas del Tercer Mundo. En este sentido, el prefijo «post» alinea lo «postcolonial» con otro género de «posts» — «postguerra», «postguerra fría», «postindependencia», «postrevolución» —, que subrayan un tránsito hacia un nuevo periodo y un cierre de determinado acontecimiento o época histórica, sellado oficialmente con una fecha. Aunque las periodizaciones y la relación entre las teorías de una época y las prácticas que la constituyen siempre conforman terrenos de disputa, me parece que uno y otro género de lo «post» son en todo caso distintos en sus énfasis referenciales: mientras que el primero hace hincapié en los avances disciplinares característicos de la historia intelectual, el segundo pone el énfasis en las estrictas cronologías de la historia *tout court* [a secas]. Esta tensión no expresada entre las teleologías filosófica e histórica de lo «postcolonial» subyace en parte, me atrevo a sostener, a algunas de las ambigüedades conceptuales del término.

<sup>2</sup> ¿Tiene esta condición ecos del lenguaje del existencialismo o se trata de ecos del postmodernismo?

<sup>3</sup> Queda aún por abordar con más rigor las relaciones entre lo «postcolonial», la «postcolonialidad» y el «postcolonialismo».

<sup>4</sup> Para una interpretación de las relaciones entre postmodernismo y postcolonialismo, véase Kwame Anthony Appiah, «Is the Post- in Postmodernism the Post- in Postcolonial?», *Critical Inquiry*, núm. 17, invierno de 1991.

En la medida en que lo «post» de lo «postcolonial» sugiere un «después de» la desaparición del colonialismo, está imbuido de una espacio-temporalidad ambigua más allá de las intenciones de quienes lo usan. Habiéndose propagado desde India hacia los contextos académicos angloestadounidenses, lo «postcolonial» tiende a asociarse con países del Tercer Mundo que obtuvieron la independencia después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, también hace referencia a las circunstancias tercermundistas diaspóricas de las últimas cuatro décadas — desde el exilio forzoso a la inmigración «voluntaria» — dentro de las metrópolis del Primer Mundo. En algunos textos postcoloniales, como *The Empire Writes Back. Theory and Practice in Post-Colonial Literatures* [El imperio contesta. Teoría y práctica en las literaturas postcoloniales], los autores amplían el término «postcolonial» para incluir todas las producciones literarias en lengua inglesa hechas por sociedades afectadas por el colonialismo:

[...] las literaturas de los países africanos, Australia, Bangladesh, Canadá, los países caribeños, India, Malasia, Malta, Nueva Zelanda, Pakistán, Singapur, los países insulares del Pacífico Sur y Sri Lanka son todas ellas literaturas postcoloniales. La literatura de Estados Unidos debería clasificarse también bajo esta categoría. Quizá por su actual posición de poder y por el papel neocolonizador que ha desempeñado, no se suele reconocer su naturaleza postcolonial. Pero su relación con el centro metropolitano, en su evolución a lo largo de los últimos dos siglos, ha sido paradigmática de la literatura postcolonial en todo el mundo. Lo que todas y cada una de estas literaturas tienen en común, más allá de sus características regionales especiales y distintivas, es que surgieron en su forma presente a partir de la experiencia de la colonización y se afirmaron poniendo en primer plano las tensiones con el poder imperial y enfatizando sus diferencias con respecto a los presupuestos del centro imperial. Esto es lo que las hace inconfundiblemente postcoloniales.<sup>5</sup>

Esta problemática formulación mete en un mismo saco «postcolonial» formaciones nacional- raciales muy diferentes — Estados Unidos, Australia y Canadá, por un lado, y Nigeria, Jamaica e India, por otro. Al colocar Australia e India, por ejemplo, en relación con un centro imperial, por el simple hecho de ser ambas colonias, se están equiparando las relaciones entre los pobladores blancos colonizados y los europeos del «centro» con las relaciones entre las poblaciones indígenas colonizadas y los europeos. Se da además por sentado que los países de pobladores blancos y las naciones emergentes del Tercer Mundo se separaron del «centro» del mismo modo.

<sup>5</sup> Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, *The Empire Writes Back. Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*, Londres, Routledge, 1989, p. 2.

Asimismo, se sitúa a los australianos blancos y a los australianos aborígenes en la misma «periferia», como si fueran cohabitantes en una misma relación con el «centro». Las diferencias decisivas entre la opresión genocida por parte de Europa de los aborígenes de Australia, los pueblos indígenas de América y las comunidades afrodiaspóricas, por un lado, y la dominación por parte de Europa de las élites europeas en las colonias, por otro, quedan arrasadas de un solo plumazo «post». El término «postcolonial», en este sentido, encubre las políticas racistas-colonialistas de los pobladores blancos hacia los pueblos indígenas, no sólo antes de la independencia, sino también después de la ruptura oficial con el centro imperial, a la par que quita importancia al posicionamiento global neocolonial de los Estados con pobladores del Primer Mundo.

No estoy sugiriendo que este uso ampliado de lo «postcolonial» sea típico o paradigmático.<sup>6</sup> La expresión «sociedad postcolonial» podría evocar de igual modo a los Estados-nación del Tercer Mundo después de la independencia. Sin embargo, el espacio desorientador de lo «postcolonial» genera extrañas combinaciones de lo «post» y de geografías particulares, desdibujando la asignación de perspectivas. ¿Lo «post» indica la perspectiva y el lugar de los ex colonizados (argelinos), de los ex colonizadores (franceses), de los pobladores ex coloniales (*Pied Noir*)<sup>a</sup> o de los desplazados híbridos en las metrópolis del Primer Mundo (argelinos en Francia)? Como tanto el (ex) colonizador como el (ex) colonizado comparten la experiencia del colonialismo y del imperialismo, aunque sea de forma asimétrica, se hace fácil dar el paso de aplicar también lo «post» a países europeos del Primer Mundo. En la medida en que, en la actualidad, la mayor parte del mundo está viviendo el después de un periodo de colonialismo, lo «postcolonial» se puede convertir sin dificultades en una categoría universalizadora, que neutraliza diferencias geopolíticas importantes entre Francia y Argelia, Gran Bretaña e Iraq o Estados Unidos y Brasil, ya que todos estos países están viviendo en una «época postcolonial». Ésta supresión involuntaria de perspectivas, debería añadir, resulta en una curiosa ambigüedad en el trabajo académico. Mientras que el discurso colonial hace referencia al discurso producido por los colonizadores tanto en la colonia como en la madre patria y, en ocasiones, a sus manifestaciones discursivas contemporáneas en la literatura y en la cultura de la mediatización de masas, el «discurso postcolonial»

<sup>6</sup> Para una formulación radical de lo postcolonial resistente, véase Gayatri Chakravorty Spivak, «Poststructuralism, Marginality, Postcoloniality and Value», en Peter Collier y Helga Geyer-Ryan (eds.), *Literary Theory Today*, Londres, Polity Press, 1990.

<sup>a</sup> Literalmente, pies negros: nombre por el que se conocía a los colonos franceses de Argelia [N. de la T.].

no alude al discurso colonialista tras el fin del colonialismo. Más bien, evoca el trabajo teórico contemporáneo que se está realizando tanto en el Primer como en el Tercer Mundo, en general desde la izquierda, y que intenta trascender los (supuestos) binarismos de la militancia tercermundista.

Aparte de su dudosa espacialidad, lo «postcolonial» presenta una temporalidad problemática. En primer lugar, la falta de especificidad histórica de lo «post» conduce a una disolución de las distintas cronologías. Los Estados de pobladores coloniales, como los que se encuentran en América, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, obtuvieron la independencia, en su mayoría, en los siglos XVIII y XIX. La mayoría de países de África y Asia, en cambio, consiguieron la independencia en el siglo XX, algunos de ellos en la década de 1930 (Iraq), otros en la de 1940 (India, Líbano) y otros en las décadas de 1960 (Argelia, Senegal) y 1970 (Angola, Mozambique), mientras que hay países que aún tienen que obtenerla. ¿En qué momento exactamente empieza entonces lo «postcolonial»? ¿Qué región se privilegia en esta fecha de inicio? ¿Qué relaciones existen entre los diferentes comienzos? La vaguedad del punto de arranque de lo «postcolonial» dificulta determinadas diferenciaciones. Equipara la independencia temprana obtenida por Estados de pobladores coloniales, en los que los europeos constituyeron sus nuevos Estados-nación en territorios no europeos a expensas de las poblaciones indígenas, con la de Estados-nación cuyas poblaciones indígenas lucharon por la independencia contra Europa y no la consiguieron, en su mayoría, hasta el desmoronamiento de los imperios europeos en el siglo XX.

Si formulamos lo «post» de lo «postcolonial» en relación con las luchas nacionalistas tercermundistas de las décadas de 1950 y 1960, entonces, ¿qué marco temporal se aplicaría a las luchas anticoloniales/antirracistas actuales, impulsadas bajo la bandera de la opresión nacional y racial, o a escritores palestinos, por ejemplo, como Sahar Khalifeh y Mahmoud Darwish, que escriben contemporáneamente a escritores «postcoloniales»? ¿Habría que apuntar que son «prepostcoloniales»? La temporalidad unificada de la «postcolonialidad» corre el riesgo de reproducir el discurso colonial de un otro alocrónico, que vive en otra época, todavía rezagado respecto de nosotros, los auténticos postcoloniales. El gesto globalizador de la «condición postcolonial» o «postcolonialidad» minimiza las multiplicidades del lugar y la temporalidad, así como los posibles lazos discursivos y políticos entre las teorías «postcoloniales» y las luchas y discursos anticoloniales o antineocoloniales contemporáneos. En otras palabras, no se puede menospreciar los discursos actuales de resistencia anticolonial o antineocolonial que están produciéndose desde América Central y Oriente Medio hasta África del sur y Filipinas, considerándolos epígonos, meras repeticiones de los discursos harto conocidos de las décadas de 1950 y 1960. A pesar de que comparten

sus discursos en parte con el nacionalismo tercermundista, estas luchas contemporáneas deben historizarse también, analizarse en el contexto actual, en cuyo ambiente ya no se respira el discurso «no alineado» de las revoluciones. Este tipo de enfoque trascendería la sugerencia implícita de que existe una «brecha» temporal entre lo «postcolonial» y los discursos «prepostcoloniales», tal y como se pone de manifiesto, por ejemplo, en la mezcla de discursos y luchas de resistencia en la Intifada.<sup>7</sup> Lo que hay que revisar, entonces, es la relación entre diferencia e igualdad, ruptura y continuidad.

En la medida en que, en un plano, lo «post» significa «después», inhibe potencialmente las enunciaciones convincentes de lo que cabría denominar «neocolonialidad». La independencia formal de los países colonizados rara vez ha supuesto el fin de la hegemonía del Primer Mundo. La independencia formal de Egipto en 1923 no impidió el dominio europeo, en especial británico, que motivó la revolución de 1952. Los intelectuales árabes percibieron la apertura de Anwar Sadat a los estadounidenses y los acuerdos de Camp David de la década de 1970 como una regresión al imperialismo pre-Nasser, al igual que lo fue la colaboración egipcia con Estados Unidos durante la Guerra del Golfo.<sup>8</sup> El propósito de la Doctrina Carter era en parte proteger los perpetuos intereses petrolíferos estadounidenses (*nuestro* petróleo) en el Golfo, para lo cual había que intentar controlar, con la ayuda de los regímenes petroislamistas, cualquier fuerza que pudiera suponer una amenaza.<sup>9</sup> De manera parecida, en América Latina, la independencia «criolla» formal no impidió las intervenciones militares al estilo de la Doctrina Monroe, ni la hegemonía libremercadista angloestadounidense. Este proceso distingue la historia de Centroamérica, América del Sur y el Caribe de la de los demás Estados de pobladores coloniales; ya que, a pesar de compartir sus orígenes históricos con América del Norte, incluidos el genocidio de las poblaciones indígenas, la esclavización de los africanos y una composición multirracial/étnica, estas regiones han estado sometidas a un dominio

<sup>7</sup> Léanse, por ejemplo, Zachary Lockman y Joel Benin (eds.), *Intifada. The Palestinian Uprising Against Israeli Occupation*, Boston, South End Press, 1989, específicamente, el texto de Edward W. Said, «Intifada and Independence», pp. 5-22; y Edward W. Said, *After the Last Sky*, Boston, Pantheon Books, 1985.

<sup>8</sup> Esta perspectiva explica la dura represión de los movimientos de oposición a la alianza Estados Unidos-Egipto durante la guerra. De hecho, el tratado de Camp David está íntimamente ligado a la política económica no proteccionista, con su desmantelamiento del sector público egipcio. Descrita como gobierno en la sombra de Egipto, la USAID [Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional] es en parte responsable de las posiciones que adoptaron el gobierno egipcio y la mayoría de los gobiernos árabes durante la Guerra del Golfo.

<sup>9</sup> La rígida imposición de la ley islámica en Arabia Saudita está relacionada con los intentos de enmascarar la colaboración antirregional del régimen con los intereses imperiales.

estructural político y económico, en algunos aspectos más duro, paradójicamente, que el de países del Tercer Mundo que obtuvieron su independencia en fecha más reciente, como Libia o incluso India. No es casual, pues, que intelectuales y sindicatos obreros independientes mexicanos hayan maldecido la *gringostroika*<sup>10</sup> del reciente Tratado de Libre Comercio. La independencia formal no excluyó la necesidad de las Revoluciones cubana y nicaragüense, ni del movimiento independentista de Puerto Rico. El término «revolución», en otro tiempo popular en el contexto del Tercer Mundo, suponía concretamente el momento postcolonial, que había quedado inaugurado por la independencia oficial, pero cuyo contenido se había cifrado en una hegemonía neocolonial asfixiante.

El término «postcolonial» porta consigo la insinuación de que el colonialismo es ahora una cuestión del pasado, subestimando las deformadoras huellas económicas, políticas y culturales que el colonialismo ha dejado en el presente. Lo «postcolonial» pasa por alto, sin advertirlo, la persistencia de la hegemonía global bajo formas diferentes al dominio colonial declarado, incluso tras el fin de la Guerra Fría. Como significante de una nueva época histórica, el término «postcolonial», en comparación con el de neocolonialismo, llega pertrechado con pocas evocaciones de las relaciones de poder contemporáneas; carece de un contenido político que pueda dar cuenta de las intervenciones militaristas estadounidenses de las décadas de 1980 y 1990 en Granada, Panamá y Kuwait-Iraq y de los lazos simbióticos entre los intereses políticos y económicos estadounidenses y los de las élites locales. En determinados contextos, además, las opresiones raciales y nacionales reflejan moldes coloniales evidentes, por ejemplo, la opresión de los negros por parte de los europeos angloholandeses en Sudáfrica y en América o la opresión de los palestinos y de los judíos de Oriente Medio a manos de Euroisrael. Lo «postcolonial» no deja espacio, por último, para las luchas de los aborígenes en Australia y de los pueblos indígenas de toda América, en otras palabras, de los pueblos del Cuarto Mundo, dominados tanto por las corporaciones multinacionales del Primer Mundo, como por los Estados-nación del Tercer Mundo.

No es posible derrotar las estructuras hegemónicas y los marcos conceptuales generados durante los últimos quinientos años agitando la varita mágica de lo «postcolonial». La unificación de Europa en 1992, por ejemplo, refuerza la cooperación entre antiguos países colonizadores como Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia contra la inmigración ilegal, permitiendo ejercer un control más estricto de las fronteras contra la penetración de

<sup>10</sup> «Gringostroika» es la palabra acuñada por el artista multimedia mexicano Guillermo Gómez-Peña.

distintas poblaciones del Tercer Mundo: argelinos, tunecinos, egipcios, pakistaníes, ceilandeses, indios, turcos, senegaleses, malienses y nigerianos. Entretanto, vuelve a ponerse en escena, triunfalmente, el gran relato colonial. Se invierten millones de dólares en los eventos internacionales previstos para el quinto centenario de los denominados viajes de descubrimiento de Colón, cuya guinda será la Gran Regata, una flota de veleros de cuarenta países que partirán de España y llegarán al Puerto de Nueva York el Día de la Independencia de Estados Unidos, el 4 de julio. Al mismo tiempo, existen representaciones de un relato anticolonial, de la mano de los proyectos de mirada-desde-la-orilla: las conmemoraciones nativoamericanas de las comunidades exterminadas en todo Estados Unidos y a lo largo y ancho del continente americano y los planes de impedir la llegada de las réplicas de las carabelas de Colón, que se adentrarán navegando en los puertos estadounidenses. ¿Cuál es entonces el significado de la «postcolonialidad» cuando determinados conflictos estructurales persisten? A pesar de los diferentes contextos históricos, el conflicto entre la reivindicación de los indios americanos de su tierra como un bien sagrado y comunal y la concepción euroestadounidense de la tierra como propiedad transferible sigue siendo estructuralmente el mismo. ¿Cómo abordar entonces la igualdad y la diferencia dentro del marco de un «postcolonial» cuyo «post» pone el acento en la ruptura y lo retira de la similitud?

Las culturas contemporáneas están marcadas por la tensión entre el fin oficial del dominio colonial directo y su presencia y regeneración a través de un neocolonialismo hegemónico dentro del Primer Mundo y hacia el Tercer Mundo, con frecuencia canalizado a través de las élites patriarcales nacionalistas. Lo «colonial» en lo «postcolonial» tiende a verse relegado al pasado y a quedar marcado por un cierre —una frontera temporal implícita que socava el potencial impulso de oposición. Ya que, más allá de las connotaciones filosóficas de lo «post» como *locus* ambiguo de continuidades y discontinuidades,<sup>11</sup> su denotación del «después» —el atractivo teleológico de lo «post»— evoca una desocupación festiva de un espacio conceptual que, a cierta escala, está reñido con la idea de lo «neo».

Lo «neocolonial», al igual que lo «postcolonial», sugiere también continuidades y discontinuidades, pero pone el énfasis en las nuevas modalidades y formas de las viejas prácticas colonialistas, no en un «más allá». Por

más que no sea difícil imaginar que lo «postcolonial» se propague por países del Tercer Mundo (aunque es más posible que lo haga a través del mundo académico angloestadounidense que de India), lo «postcolonial» tiene de momento pocos adeptos en círculos intelectuales africanos, latinoamericanos y de Oriente Medio, salvo, alguna que otra vez, en el sentido histórico restringido de periodo inmediatamente posterior al fin del dominio colonial. Tal vez la experiencia menos intensa de neocolonialismo que caracterizó a India, acompañada por la clara conciencia de la presencia de multitud de culturas, lenguas y etnicidades no amenazadas, hizo posible el uso recurrente del prefijo «post» por encima del «neo». Ahora que aquella India en la que floreció el «discurso postcolonial», asediada por las deudas, ha tenido que ponerse bajo la tutela del Fondo Monetario Internacional y ahora que su política exterior no alineada está dando paso a una cooperación política y económica con Estados Unidos, cabe preguntarse si el término «neocolonial» no empezará a predominar sobre la categoría «postcolonial».<sup>12</sup>

Lo «postcolonial» conforma asimismo un *locus* crítico para ir más allá de los relatos modernizadores nacionalistas y anticoloniales que catalogan Europa como objeto de crítica y para avanzar hacia un análisis discursivo y una historiografía que se ocupen de las multiplicidades descentradas de las relaciones de poder (por ejemplo, entre mujeres y hombres colonizados o entre campesinado y burguesía colonizados). La importancia de este tipo de proyectos intelectuales contrasta irónicamente con el propio término «postcolonial», que reproduce en el plano lingüístico, una vez más, la centralidad del relato colonial. Lo «postcolonial» implica un relato de la evolución en el que el colonialismo sigue siendo el punto central de referencia, dentro de un paso del tiempo perfectamente dispuesto del «pre-» al «post», pero que deja sus relaciones con las nuevas formas de colonialismo, es decir, con el neocolonialismo, en la ambigüedad.

Un análisis del término «postcolonial» en relación con otros términos, como «neocolonial» y «postindependencia», permite un esclarecimiento recíproco de estos conceptos. Aunque «neocolonial», al igual que «postcolonial», indica un tránsito, tiene la ventaja de poner el énfasis en una repetición con diferencia, en una regeneración del colonialismo por otros medios. El término «neocolonialismo» designa provechosamente relaciones de hegemonía geoeconómica de amplio alcance. Analizado en comparación con el «neocolonialismo», el término «postcolonial» mina la crítica de las estructuras colonialistas contemporáneas de dominación, más visibles, en

<sup>11</sup> Para discusiones sobre lo «post», véanse, por ejemplo, Robert Young, «Poststructuralism: the End of Theory», *Oxford Literary Review* V, núms. 1-2, 1982; R. Radhakrishnan, «The Postmodern Event and the End of Logocentrism», *Boundary 2*, XII, núm. 1, otoño 1983; y Geoffrey Bennington, «Postal Politics and the Institution of the Nation», en Homi K. Bhabha (ed.), *Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990.

<sup>12</sup> En el momento en que estas notas sobre lo «postcolonial» iban camino de la imprenta, se publicó un relevante artículo en *The Nation*: Praful Bidwai, «India's Passage to Washington» [El paso de India hacia Washington], 20 de enero de 1992.

cambio, en la repetición y la reinstauración que lo «neo» evoca. El término «postindependencia», por su parte, precisamente en la medida en que implica un telos hacia un Estado-nacional, ofrece un espacio analítico ampliado para afrontar temas tan explosivos como la religión, la etnicidad, el patriarcado, el género y la orientación sexual, ninguno de ellos reducible a los epifenómenos del colonialismo y del neocolonialismo. Mientras que lo «postcolonial» sugiere una distancia del colonialismo, «postindependencia» celebra el Estado-nación; pero, al atribuir poder al Estado-nación, obliga también a los regímenes del Tercer Mundo a rendir cuentas.

La operación de privilegiar y a la vez distanciar el relato colonial, yendo más allá de él, estructura el marco de «en medio» que caracteriza lo «postcolonial». Este «en medio» se hace evidente a través de una especie de test de conmutación. Mientras que se puede plantear la dualidad entre colonizador/colonizado e incluso entre neocolonizador/neocolonizado, no tiene demasiado sentido hablar de postcolonizadores y postcolonizados. El «colonialismo» y el «neocolonialismo» implican tanto la opresión como la posibilidad de resistencia. Trascendiendo este tipo de dicotomías, el término «postcolonial» no plantea ninguna dominación clara y no llama a ninguna oposición evidente. No es sino esta ambivalencia estructurada de lo «postcolonial», de la formulación de una relación al mismo tiempo cercana y distante con lo «colonial», lo que resulta atractivo en un contexto académico postestructuralista. Sin embargo, esta misma cualidad esquiva es también la que hace de lo «postcolonial» un término precario para una crítica geopolítica de la distribución centralizada del poder en el mundo.

El terreno en el que la teoría postcolonial se ha demostrado más elocuente es el de las contradicciones, ambigüedades y ambivalencias culturales.<sup>13</sup> A través de un importante cambio de los acentos, ha dado cuenta de las experiencias de desplazamiento de las poblaciones del Tercer Mundo en los centros metropolitanos y de los sincretismos culturales generados por las intersecciones Primer Mundo/Tercer Mundo, temas abordados de forma menos acertada por los discursos nacionalistas tercermundistas y por la teoría del sistema-mundo, unos y otra más arraigados en las categorías de la economía política. En este sentido, el «más allá» de la teoría postcolonial parece especialmente valioso cuando se pone en relación con el discurso nacionalista tercermundista. El término «postcolonial» resultaría más preciso, por lo tanto, si se expresara como «teoría post-Primer Mundo/Tercer Mundo» o «crítica postanticolonial», como un movimiento de superación de una

cartografía relativamente binarista, fija y estable de las relaciones de poder entre «colonizador/colonizado» y «centro/periferia». Estas reformulaciones sugieren un discurso más matizado, que hace posible el movimiento, la movilidad y la fluidez. Aquí el prefijo «post» significaría no tanto «después» como «siguiente»: un paso más allá y una discusión de determinado movimiento intelectual (la crítica anticolonial tercermundista) y no un más allá de determinado momento de la historia (el colonialismo); ya que, para esta segunda acepción, el «neocolonialismo» constituiría un modo menos pasivo de abordar la situación de los países neocolonizados y un modo de compromiso más activo políticamente.

La teoría postcolonial ha formado no sólo un espacio efervescente para los estudios críticos, e incluso resistentes, sino también un espacio de disputa, en particular en tanto que los especialistas de los distintos Estudios Étnicos se han sentido de algún modo desplazados por el auge de los estudios postcoloniales en los departamentos norteamericanos de literatura inglesa. Si bien el creciente apoyo institucional al término «postcolonial» es, por un lado, una historia de éxito de lo PC (políticamente correcto), ¿no supone acaso también una contención parcial de las PdC's (personas de color)? Antes de que lo PO-CO [postcolonial] se convierta en la nueva palabra de moda académica, es urgente encarar este tipo de cismas, en concreto en el contexto norteamericano,<sup>14</sup> donde tenemos la impresión de que se privilegia lo postcolonial precisamente en la medida en que parece lo bastante alejado del «vientre de la bestia», Estados Unidos. El reconocimiento de estas grietas y fisuras es crucial si se quiere que los especialistas de los estudios étnicos y de los estudios postcoloniales fragüen alianzas institucionales más eficaces.

Tras haber planteado estas cuestiones sobre el término «postcolonial», quedan por abordar algunos conceptos relacionados y explorar sus implicaciones espacio-temporales. Al poner en primer plano el «hibridismo» y el «sincretismo», los estudios postcoloniales llaman la atención sobre la imbricación mutua entre las culturas «centrales» y «periféricas». El «hibridismo» y el «sincretismo» dejan espacio para abordar la multiplicidad de identidades y de posicionamientos de sujeto que resultan de los desplazamientos, inmigraciones y exilios, sin controlar las fronteras de la identidad conforme a criterios esencialistas y de origen. No es casual que hayan sido fundamentalmente los intelectuales diaspóricos del Tercer Mundo en el

<sup>13</sup> Véanse, por ejemplo, Homi K. Bhabha, «The Commitment to Theory», en Jim Pines y Paul Willemen (ed.), *Questions of Third Cinema*, Londres, British Film Institute, 1989; Trinh T. Minh-ha, *Woman, Native, Other*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.

<sup>14</sup> El sustituto «postcolonial» del «Tercer Mundo» resulta ambiguo, en especial cuando se hace un uso confiado de las teorías postestructuralistas/postcoloniales con poca comprensión del legado histórico-material del colonialismo, el neocolonialismo, el racismo y la resistencia anticolonial. Estos deslices han contribuido a las desautorizaciones superficiales de las formulaciones de Frantz Fanon por considerarse vulgares.

Primer Mundo, híbridos ellos mismos, los responsables de la elaboración de un marco que sitúa al intelectual del Tercer Mundo dentro de una multiplicidad de posicionalidades y perspectivas culturales. Por idéntico motivo, tampoco es casual que, en América Latina, distintos modernismos invocasen hace ya décadas el «sincretismo» y el «hibridismo», hablando de cultura neologista, de *créolité* [criollismo], de *mestizaje*<sup>b</sup> y de antropofagia.<sup>15</sup> Los protagonistas culturalmente sincréticos del movimiento modernista brasileño de la década de 1920, los «héroes sin ningún carácter» acuñados por Mario de Andrade, podrían considerarse «híbridos postcoloniales» *avant la lettre* [antes de tiempo]. Las teorías canibalistas de los modernistas brasileños y su despliegue en el movimiento tropicalista de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 daban simplemente por sentado que los Nuevos Habitantes del Planeta eran una mezcla de culturas, una conflictiva amalgama de identidades indígenas, africanas, europeas, asiáticas y árabes.

Al mismo tiempo, la espacio-temporalidad problemática implícita en el término «postcolonial» tiene repercusiones para la conceptualización del pasado en la teoría post(anti)colonial. La ruptura contenida en lo «post» ha quedado reflejada en la relación entre pasado y presente en el discurso postcolonial, en particular con respecto a las ideas de hibridismo. En ocasiones, el énfasis antiesencialista en las identidades híbridas raya peligrosamente en el rechazo de todas las búsquedas de orígenes comunitarios, como excavación arqueológica de un pasado idealizado e irrecuperable. Y, sin embargo, en otro plano, a la vez que evitamos toda nostalgia de una comunidad anterior al pecado original o de una identidad unitaria y transparente anterior a la caída, debemos preguntarnos también si es posible fraguar una resistencia colectiva sin labrar un pasado comunitario. Los relatos de la música *rap* y las representaciones audiovisuales que construyen invocaciones resistentes de África y de la esclavitud son un ejemplo muy al caso. Para las comunidades que han pasado por rupturas brutales y que ahora se están forjando una identidad colectiva, con independencia de cuán híbrida fuera esa identidad antes, la recuperación y reinscripción de un pasado fragmentado se convierte en un terreno presente, crucial para fraguar una identidad colectiva resistente durante el colonialismo y después de él. Cabría, pues, manejar una idea de pasado diferente: no el pasado como etapa fetichizada y estática que habría que reproducir literalmente, sino el pasado como series fragmentadas de memorias y experiencias narradas, a partir de las cuales

movilizar las comunidades contemporáneas. Una glorificación del sincretismo y del hibridismo *per se*, si no se articula en conjugación con cuestiones de hegemonía y relaciones de poder neocolonial, corre el riesgo de parecer que santifica el *fait accompli* [hecho consumado] de la violencia colonial.

Es preciso revisar también, en relación con los pueblos del Cuarto Mundo, el modo en que se privilegian hoy en día, discursivamente y desde la metrópoli, los sincretismos palimpsésticos. Hay que dar cuenta, por ejemplo, de la situación paradójica de los indios kayapo de la selva amazónica que por un lado utilizan cámaras de vídeo y, por lo tanto, demuestran su hibridismo cultural y su capacidad de mimetismo, pero que, por otro, utilizan el mimetismo precisamente para presentar la urgencia de *conservar* las prácticas y contornos esenciales de su cultura, incluidas su relación con la selva y la posesión comunitaria de la tierra. La aceptación *de facto* del hibridismo como un producto de la conquista colonial y de las dislocaciones postindependencia, así como el reconocimiento de la imposibilidad de regresar a un pasado auténtico no significan que los movimientos político-culturales de distintas comunidades racial-étnicas deban dejar de investigar y reciclar sus lenguas y culturas precoloniales.<sup>16</sup> La glorificación que hace la teoría postcolonial del hibridismo corre el riesgo de caer en una condescendencia antiesencialista hacia aquellas comunidades obligadas por las circunstancias a afirmar, para su propia supervivencia, un pasado perdido e incluso irrecuperable. En estos casos, la afirmación de la cultura anterior a la conquista forma parte de la lucha contra las formas sostenidas de exterminio. Si tomáramos literalmente la lógica del razonamiento postestructuralista/postcolonial, entonces, censuraríamos a los zuni de México/Estados Unidos por su búsqueda de los rastros de una cultura original y criticaríamos a los jindyworobak de Australia por su vuelta a la lengua y la cultura aborígen como parte de su propia regeneración. La pregunta, en otras palabras, no es si existe un pasado homogéneo originario y, en caso de que exista, si sería posible volver a él, ni tampoco es siquiera si se está llevando a cabo una idealización del pasado injustificada. Más bien, la pregunta es la siguiente: ¿quién está movilizando qué en la enunciación del pasado, desplegando qué identidades, identificaciones y representaciones y en nombre de qué visión y objetivos políticos?

(Abordar las situaciones, identidades y posicionalidades en relación con la violencia del neocolonialismo es crucial si no queremos que el hibridismo se convierta en una figura para la consagración de la hegemonía. Como cajón de sastre descriptivo, el «hibridismo» *per se* no consigue discriminar

<sup>b</sup> En castellano en el original [N. de la T.].

<sup>15</sup> Sobre los modernistas brasileños y el concepto de antropofagia, véase Robert Stam, *Subversive Pleasures. Bakhtin, Cultural Criticism and Film*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

<sup>16</sup> Para otro análisis crítico del hibridismo y la memoria, véase también Manthia Diawara, «The Nature of Mother in Dreaming Rivers», *Third Text*, núm. 13, invierno de 1990-1991.



entre las distintas modalidades de hibridismo, por ejemplo, entre la asimilación impuesta, el rechazo interiorizado de sí, la cooptación política, el conformismo social, el mimetismo cultural y la trascendencia creativa. La inversión de los tropos biológica y religiosamente racistas —lo híbrido, lo sincrético—, por un lado, y la inversión de las ideas puristas anticolonialistas de la identidad, por otro, no deberían ocultar la problemática capacidad de acción del «hibridismo postcolonial». En contextos como el de América Latina, la unidad nacional se articuló oficialmente en términos híbridos, a través de una ideología integracionista que pasaba por alto el racismo institucional y discursivo. Al mismo tiempo, el hibridismo también ha sido utilizado como parte de la crítica resistente, por ejemplo de la mano de los movimientos modernistas y tropicalistas en América Latina. Con el concepto de hibridismo, al igual que con el término «postcolonial», hay que abordar la cuestión de la situación y la perspectiva, es decir, las diferencias entre hibridismos o, más concretamente, los hibridismos de los europeos y sus vástagos en todo el mundo y los de las poblaciones (ex) colonizadas. Además de las diferencias entre las diásporas del Tercer Mundo, por ejemplo, entre los híbridos afroamericanos que hablan inglés en el Primer Mundo y los afrocaribeños y afrobrasileños que hablan castellano y portugués en el Tercer Mundo.

El hibridismo, al igual que lo «postcolonial», se presta al desdibujamiento de perspectivas. Hay que analizar el «hibridismo» de un modo no universalizador, diferencial, contextualizado dentro de las actuales hegemonías neocoloniales. La investigación cultural generada por el discurso del hibridismo/sincretismo necesita reconectarse con el análisis geopolítico a escala macro. Precisa de una articulación con un análisis de la ubicuidad de los medios informativos angloamericanos (CNN, BBC, AP), así como de acontecimientos de la magnitud de la Guerra del Golfo, con sus desplazamientos masivos y traumáticos de poblaciones. Habría que señalar que el desmoronamiento del socialismo del Segundo Mundo no ha modificado las políticas neocoloniales y, en algunos planos, ha generado una preocupación mayor entre comunidades del Tercer Mundo como los palestinos y los negros sudafricanos con respecto a su lucha por la independencia sin el contrapeso del Segundo Mundo.

La circulación de lo «postcolonial» como marco teórico tiende a sugerir una superación del neocolonialismo y del Tercer y Cuarto Mundo como categorías pasadas de moda e incluso irrelevantes. Y, sin embargo, con todos sus problemas, el término «Tercer Mundo» sigue conservando un valor heurístico como etiqueta conveniente para las formaciones imperializadas, incluidas las que se dan dentro del Primer Mundo. El término «Tercer Mundo» resulta especialmente valioso en términos político-económicos

amplios, mientras que se desdibuja cuando abordamos las diferentes modulaciones de la política en el ámbito de la cultura, en los espacios contradictorios y superpuestos de las identidades que se entremezclan. Por decirlo de manera esquemática, el concepto de «Tercer Mundo» resulta productivo cuando amenazamos con eliminarlo, cuando lo consideramos provisional y en último término inadecuado.

En este momento de la historia, sustituir el término «Tercer Mundo» por el de «postcolonial» constituye una responsabilidad. A pesar de las diferencias y contradicciones entre y en el seno de los países del Tercer Mundo, el término «Tercer Mundo» contiene un proyecto común de resistencias (conectadas) contra los (neo)colonialismos. Más concretamente, dentro del contexto norteamericano, se ha convertido en un término de empoderamiento para coaliciones intercomunitarias de distintas poblaciones de color.<sup>17</sup> Quizá este sentido de un proyecto común en torno al cual movilizarse sea lo que falta en las discusiones post(anti)coloniales. Mientras que los términos «postcolonial» y «postindependencia» subrayan, de diferentes maneras, una ruptura en relación con el colonialismo y lo «neocolonial» hace hincapié en las continuidades, «Tercer Mundo» evoca fructíferamente los elementos estructurales comunes de las luchas. La invocación del «Tercer Mundo» implica la convicción de que la historia compartida de (neo)colonialismo y racismo interno constituye un terreno común suficiente para construir alianzas entre distintas poblaciones. Si no creemos en estos elementos comunes o no los imaginamos, entonces, en efecto, deberíamos desechar el término «Tercer Mundo». Esta diferencia de alianza y movilización entre los conceptos de «Tercer Mundo» y «postcolonial» sugiere un uso relacional de los términos. Mi afirmación de la relevancia política de categorías como «neocolonialismo», o incluso de términos más problemáticos como pueblos del Tercer y Cuarto Mundo, no pretende proponer que nos rindamos a la inercia intelectual, sino señalar la necesidad de hacer un uso diferencial y contingente de todos los conceptos.

En resumen, es preciso interrogar el concepto de lo «postcolonial» y contextualizarlo desde el punto de vista histórico, geopolítico y cultural. Mi razonamiento no es necesariamente que uno de los marcos conceptuales sea «equivocado» y el otro «acertado», sino que cada marco esclarece sólo aspectos parciales de los modos sistémicos de dominación, de la superposición de

<sup>17</sup> Aijaz Ahmad, en su «“Third World Literature” and the Nationalist Ideology» (*Journal of Arts and Ideas*, núm. 17-18, junio de 1989), ofrece una importante crítica de los usos del término Tercer Mundo en el mundo universitario estadounidense. Por desgracia, pasa por alto la cuestión crucial del empoderamiento que está teniendo lugar bajo la etiqueta «Tercer Mundo» entre distintas poblaciones de color en las comunidades intelectuales y académicas norteamericanas.

identidades colectivas y de las relaciones globales contemporáneas. Cada uno aborda dinámicas específicas e incluso contradictorias entre y dentro de diferentes zonas del planeta. Hacen falta relaciones más flexibles entre los distintos marcos conceptuales —un conjunto móvil de coordenadas, una serie múltiple de lentes tanto disciplinares como geopolítico-culturales—, adecuadas a estas complejidades. Es importante un uso flexible pero crítico capaz de abordar las diferentes políticas de situación, no sólo para señalar las contradicciones y diferencias históricas y geográficas, sino también para reafirmar los lazos históricos y geográficos, las analogías estructurales y las aperturas para la capacidad de acción y resistencia.

## 4. ¿Cuándo fue lo postcolonial?

### Pensar al límite

*Stuart Hall*

Debemos desechar necesariamente aquellas tendencias que fomentan el reconfortante juego de reconocimientos.

Michel Foucault,  
«Nietzsche, genealogía, historia».

¿Cuándo fue lo postcolonial? ¿Qué habría que incluir y qué habría que excluir de tal marco? ¿Dónde está la línea invisible entre él y sus «otros» (colonialismo, neocolonialismo, Tercer Mundo, imperialismo), en relación con cuyo fin se demarca sin cesar, pero sin llegar a sustituirlos de manera definitiva? La intención principal de este artículo es explorar los signos de interrogación que han empezado a amontonarse rápida y densamente en torno a la cuestión de «lo postcolonial» y de la noción de época postcolonial. Si la época postcolonial es la época *posterior* al colonialismo y el colonialismo se define desde el punto de vista de la división binaria entre colonizadores y colonizados, ¿por qué la época postcolonial es *también* una época de «diferencia»? ¿De qué tipo de «diferencia» se trata y cuáles son sus consecuencias para las formas de política y para la formación de sujetos en este momento de la modernidad tardía? Estas cuestiones asedian cada vez más el reñido espacio en el que opera ahora el concepto de lo «postcolonial» y no es posible explorarlas de manera satisfactoria hasta que sepamos más sobre lo que significa el concepto y por qué se ha convertido en portador de catexis inconscientes tan poderosas —un símbolo de deseo para algunos, así como un significante de peligro para otros.

El modo más provechoso de acometer esta interrogación pasa por afrontar el ataque contra lo postcolonial que se ha venido configurando a gran velocidad en una serie de comentarios críticos durante los últimos meses.